

Pero en el séquito del barón nadie dudaba del afecto morboso que el señor sentía ante las fogosas cualidades de su corcel, salvo un pajecillo insignificante y deforme cuyas opiniones nadie consideraba. Este miserable afirmaba con el mayor descaro que su señor jamás saltaba sobre la silla sin experimentar un leve estremecimiento, un sobresalto inexplicable y que al regresar de sus largos paseos había en su rostro una maligna expresión de triunfo.

Una noche de tormenta Metzengerstein despertó de su profundo sueño, bajó de sus habitaciones como un poseso y montado a caballo se lanzó por el intrincado bosque.

Este hecho tan frecuente no llamó la atención. En cambio, todos los moradores del palacio aguardaron ansiosamente el regreso de su señor pues, pocas horas después de su partida un incendio devorador hizo presa en el edificio y sus muros crujieron y temblaron hasta los cimientos. Pero como el incendio sólo se descubrió cuando ya el fuego había hecho tantos progresos, que eran inútiles los esfuerzos por salvar cualquier parte del edificio, el vecindario contemplaba la escena con estupefacción ociosa.

Mas algo terrible llamó muy pronto la atención de la multitud, demostrando hasta qué punto es más intenso el interés que despierta una agonía humana que el más aterrador espectáculo de destrucción de la materia inerte.

En la larga avenida de robles vetustos que, partiendo del bosque, iba a dar en la entrada principal del palacio de Metzengerstein un corcel, cuyo jinete iba destocado y con las ropas en desorden, galopaba con un ímpetu mayor si cabe que el del propio Demonio de la Tempestad.

Saltaba a la vista que el caballero no dominaba la montura y que le era imposible frenar aquella loca carrera; la expresión angustiada de su rostro, los convulsivos esfuerzos por dominar al bruto daban fe de aquella lucha sobrehumana. De sus labios sólo escapó un grito ronco, un grito ahogado de terror. El ruido de los cascos del caballo resonó, agudo y penetrante, por encima del estruendo del incendio y del aullido del viento. Luego, franqueando de un salto la gran puerta y el foso del castillo, el corcel se lanzó por las escaleras calcinadas del palacio y desapareció con su jinete en una tromba

PEREZ GALDOS, BENITO.

Benito Pérez Galdós (1843-1920), nació en las Palmas, estudió Derecho y colaboró en diversos periódicos de la época; comenzó su carrera literaria en el teatro, para desembocar en la novela de la que es el mejor representante español de su siglo. Diputado republicano en distintas legislaturas, dirigió la "Revista de España". Sus obras más conocidas son: la serie de los Episodios nacionales, Doña Perfecta, Gloria, Marianela, La desheredada, Las novelas de Torquemada, Nazarín, Halma, Misericordia, El abuelo, Angel Guerra... y en el teatro, las adaptaciones escénicas de varias narraciones y Electra, Santa Juana de Castilla, etc.

BIBLIOTECA ALFONSINA

UNIVERSIDAD DE BILBAO

...de un modo que...

PEREZ GALDOS

...de un modo que...

...de un modo que...

...de un modo que...

...de un modo que...

...de un modo que...

MARIANELA.

...de un modo que...

...de un modo que...

...de un modo que...

BENITO PÉREZ GALDÓS.

PERDIDO

Se puso el sol. Tras el breve crepúsculo vino tranquila y obscura la noche, en cuyo negro seno murieron poco a poco los últimos rumores de la tierra soñolienta, y el viajero siguió adelante en su camino, apresurando su paso a medida que avanzaba el de la noche. Iba por angosta vereda, de esas que sobre el césped traza el constante pisar de hombres y brutos, y subía sin cansancio por un cerro, en cuyas vertientes se alzaban pintorescos grupos de guinderos, hayas y robles. (Ya ve que estamos en el Norte de España.)

Era un hombre de mediana edad, de complexión recia, de buena talla, ancho de espaldas, resuelto de ademanes, firme de andadura, basto de facciones, de mirar osado y vivo, ligero a pesar de su regular obesidad, y (dígase de una vez - aunque sea prematuro) excelente persona por doquiera que se le mirara. Vestía el traje propio de los señores acomodados que viajan en verano, con el redondo sombrerete, que desde a su fealdad el nombre de hongo, gemelos de campo pendientes de una correa, y grueso bastón que, entre paso y paso, le servía para apalea a las zarzas cuando extendían sus ramas llenas de afiladas uñas para atraparle la ropa.

Detúvose, y mirando a todo el círculo del horizonte, parecía impaciente y desasosegado. Sin duda no tenía gran confianza en la exactitud de su itinerario y aguardaba el paso de algún aldeano que le diese buenos informes topográficos para llegar pronto y derechamente a su destino.

—No puedo equivocarme —murmuró—. Me dijeron que -- que atravesara el río por la pasadera... así lo hice. Después -- que marchara adelante, siempre adelante. En efecto, allá, -- detrás de mí, queda esa apreciable villa, a quien yo llamaba *Villafangosa* por el buen surtido de lodos que hay en -- sus calles y caminos... De modo que por aquí, adelante, siempre adelante... (me gusta esta frase, y si yo tuviera escudo

no le pondría otra divisa), he de llegar a las famosas minas de Socartes.

Después de andar largo trecho, añadió:

—Me he perdido, no hay duda de que me he perdido... Aquí tienes, Teodoro Golfín, el resultado de tu *adelante siempre adelante*. Estos palurdos no conocen el valor de las palabras. O han querido burlarse de ti o ellos mismos ignoran dónde están las minas de Socartes. Un gran establecimiento minero ha de anunciarse con edificios, chimeneas, ruido de arrastres, resoplido de hornos, relincho de caballo, trepidación de máquinas, y yo no veo, ni huelo, ni oigo nada... Parece que estoy en un desierto... ¡qué soledad! Si yo creyera en brujas, pensaría que mi destino me proporcionaba esta noche el honor de ser presentado a ellas. ¡Demonio! ¿Pero no hay gentes en estos lugares?... Aún falta media hora para la salida de la luna. ¡Ah, bribona, tú tienes la culpa de mi extravío!... Si al menos pudiera conocer el sitio donde me encuentro... ¡Pero qué más da! (Al decir esto hizo un gesto propio del hombre esforzado que desprecia los peligros.) Golfín, tú que has dado la vuelta al mundo, ¿te acordarás ahora?... ¡Ah! Los aldeanos tenían razón: *adelante, siempre adelante*. La ley universal de la locomoción no puede fallar en este momento.

Y puesta denodadamente en ejecución aquella osada ley, recorrió un kilómetro, siguiendo a capricho las veredas que le salían al paso y se cruzaban y quebraban en ángulos mil, cual si quisiesen engañarle y confundirle más.

Por grande que fuera su resolución e intrepidez, al fin tuvo que pararse. Los veredas, que al principio subían, luego empezaron a bajar, enlazándose; y al fin bajaron tanto, que nuestro viajero hallóse en un talud, por el cual sólo habría podido descender, echándose a rodar.

—¡Bonita situación! —exclamó sonriendo y buscando en su buen humor lenitivo a la enojosa contrariedad—. ¿En dónde estás, querido Golfín? Esto parece un abismo. ¿Ves algo allá abajo? Nada, absolutamente nada... pero el césped ha desaparecido, el terreno está removido. Todo es aquí pedruzcos y tierra sin vegetación, teñida por el óxido de hierro...

Sin duda estoy en las minas... pero ni alma viviente, ni chimeneas humeantes, ni ruido, ni un tren que murmure a lo lejos, ni siquiera un perro que ladre... ¿Qué haré? Hay por aquí una vereda que vuelve a subir. ¿Seguiréla? ¿Desandaré lo andado?... ¡Retroceder! ¡Qué absurdo! O yo dejo de ser quien soy, o llegaré esta noche a las famosas minas de Socartes y abrazaré a mi querido hermano. Adelante, siempre adelante.

Dio un paso y hundióse en la frágil tierra movediza.

—¿Esas tenemos, señor planeta?... ¿Con que quiere usted tragarme?... Si ese holgazán satélite quisiera alumbrar un poco, ya nos veríamos las caras usted y yo... Y a fe que por aquí abajo no hemos de ir a ningún paraíso. Parece esto el cráter de un volcán apagado... Hay que andar suavemente por tan delicioso precipicio. ¿Qué es esto? ¡Ah! Una piedra; magnífico asiento para echar un cigarro, esperando a que salga la luna.

El discreto Golfín se sentó tan tranquilamente como podría haberlo hecho en el banco de un paseo; y ya se disponía a fumar, cuando sintió una voz... sí, indudablemente era una voz humana que lejos sonaba, un quejido patético, mejor dicho, melancólico canto, formado de una sola frase, cuya última cadencia se prolongaba apenándose en la forma que los músicos llaman *morendo*, y que se apagaba al fin en el plácido silencio de la noche, sin que el oído pudiera apreciar su vibración postrera.

—Vamos —dijo el viajero lleno de gozo—, humanidad tenemos. Ese es el canto de una muchacha; sí, es voz de mujer, y voz preciosísima. Me gusta la música popular de este país. Ahora calla... Oígame, que pronto ha de volver a empezar... Ya, ya suena otra vez. ¡Qué voz tan bella, qué melodía tan conmovedora! Creerfase que sale de las profundidades de la tierra, y que el señor de Golfín, el hombre más serio y menos supersticioso del mundo, va a andar en tratos ahora con los silfos, ondinas, gnomos, hadas y toda la chusma emparentada con la loca de la casa... Pero si no engaña el oído, la voz se aleja... La graciosa cantora se va. ¡Eh, muchacha, aguarda, detén el paso!

La voz, que durante breve rato habían regalado con encantadora música el oído del hombre extraviado, se iba perdiendo en la inmensidad tenebrosa, y a los gritos de Golfín, el canto extinguióse por completo. Sin duda la misteriosa entidad gnómica, que entretenía su soledad subterránea cantando tristes amores, se había asustado de la brusca interrupción del hombre, huyendo a las más hondas entrañas de la tierra, donde moran, avaras de sus propios fulgores, las piedras preciosas.

—Esta es una situación divina —murmuró Golfín, considerando que no podía hacer mejor cosa que dar lumbre a su cigarro—. No hay mal que cien años dure. Aguardemos fumando. Me he lucido con querer venir solo y a pie a las minas de Socartes. Mi equipaje habrá llegado primero, lo que prueba de un modo irrefutable las ventajas del *adelante, siempre adelante*.

Movióse entonces ligero vientecillo, y Teodoro creyó sentir pasos lejanos en el fondo de aquel desconocido o supuesto abismo que ante sí tenía. Puso atención, y no tardó en adquirir la certeza de que alguien andaba por allí. Levantándose, gritó:

—Muchacha, hombre, o quien quiera que seas, ¿se puede ir por aquí a las minas de Socartes?

No había concluído, cuando oyóse el violento ladrar de un perro, y después una voz de hombre, que dijo: ¡Choto, Choto, ven aquí!

—¡Eh! —gritó el viajero—. Buen amigo, muchacho de todos los demonios, o lo que quiera que seas, sujeta pronto ese perro, que yo soy hombre de paz.

—¡Choto, Choto!

Golfín vió que se le acercaba un perro negro y grande; mas el animal, después de gruñir junto a él, retrocedió llamado por su amo. En tal punto y momento, el viajero pudo distinguir una figura, un hombre que, inmóvil y sin expresión, cual muñeco de piedra, estaba en pie a distancia como de

diez varas más abajo de él, en una vereda transversal que parecía irregularmente trazada por todo lo largo del talud. Este sendero y la humana figura, detenida en él, llamaron vivamente la atención de Golfín, que dirigiendo gozosa mirada al cielo, exclamó:

—¡Gracias a Dios! Al fin salió esa loca. Ya podemos saber dónde estamos. No sospechaba yo que tan cerca de mí existiera esta senda. Pero si es un camino... ¡Hola!, amiguito, ¿puede usted decirme si estoy en las minas de Socartes?

—Sí, señor: estas son las minas de Socartes, aunque estamos un poco lejos del establecimiento.

La voz que esto decía era juvenil y agradable, y resonaba con las simpáticas inflexiones que indican una disposición a prestar servicios con buena voluntad y cortesía. Mucho gustó al doctor oírlo, y más al observar la dulce claridad que, difundiéndose por los espacios antes oscuros, habían revivir cielo y tierra, cual si se los sacara de la nada.

—*Fiat lux* —dijo descendiendo—. Me parece que acabo de salir del caos primitivo. Ya estamos en la realidad... Bien, amiguito, doy a usted las gracias por las noticias que me ha dado y las que aún ha de darme... Salí de Villamojada al ponerse el sol. Dijéronme que adelante, siempre adelante.

—¿Va usted al establecimiento? —preguntó el misterioso joven, permaneciendo inmóvil, sin mirar al doctor, que ya estaba cerca.

—Sí, señor; pero sin duda equivoqué el camino.

—Esta no es la entrada de las minas. La entrada es por la pasadera de Rabagones, donde está el camino y el ferrocarril en construcción. Por allá hubiera usted llegado en diez minutos al establecimiento. Por aquí tardaremos más, porque hay bastante distancia y muy mal camino. Estamos en la última zona de explotación y hemos de atravesar algunas galerías y túneles, bajar escaleras, pasar trincheras, remontan taludes, descender el plano inclinado, en fin, recorrer

todas las minas de Socartes desde un extremo, que es este, hasta el otro extremo, donde están los talleres, los hornos, las máquinas, el laboratorio y las oficinas.

—Pues a fe mía que ha sido floja mi equivocación —dijo Golfín riendo.

—Yo le guiaré a usted con mucho gusto, porque conozco estos sitios perfectamente.

Golfín, hundiendo sus pies en la tierra, resbalando aquí y bailoteando más allá, tocó al fin el benéfico suelo de la vereda, y su primera acción fue examinar al bondadoso joven. Breve rato estuvo el doctor dominado por la sorpresa.

—Usted... —murmuró.

—Soy ciego, sí, señor —añadió el joven—; pero sin vista sé recorrer de un cabo a otro las minas de Socartes. El palo que uso me impide tropezar, y Choto me acompaña, cuando no lo hace la Nela, que es mi lazarillo. Con que sígame usted y déjese llevar.

GUIADO.

—¿Ciego de nacimiento? —dijo Golfín con vivo interés que no era sólo inspirado por la compasión.

—Sí, señor, de nacimiento —repuso el ciego con naturalidad—. No conozco el mundo más que por el pensamiento, el tacto y el oído. He podido comprender que la parte más maravillosa del universo es esa que me está vedada. Yo sé que los ojos de los demás no son como estos míos, sino que por sí conocen las cosas; pero este don me parece tan extraordinario, que ni siquiera comprendo la posibilidad de poseerlo.

—Quién sabe... —manifestó Teodoro—, ¿pero que es esto que veo, amigo mío, qué sorprendente espectáculo es este?

El viajero que había andado algunos pasos junto a su guía, se detuvo asombrado de la fantástica perspectiva que se ofrecía ante sus ojos. Hallábase en un lugar hondo, semejante al cráter de un volcán, de suelo irregular, de paredes más irregulares aún. En los bordes y en el centro de la enorme caldera, cuya magnitud era aumentada por el engañoso claro oscuro de la noche, se elevaban figuras colosales, hombres deformes, monstruos volcados y patas arriba, brazos inmensos desmenuzándose, pies truncados, desparramadas figuras semejantes a las que forma el caprichoso andar de las nubes en el cielo; pero quietas, inmóviles, endurecidas. Era su color el de las momias, un color terroso tirando a rojo; su actitud la del movimiento febril sorprendido y atajado por la muerte. Parecía la petrificación de una orgía de gigantescos demonios; y sus manotadas, los burlones movimientos de sus desproporcionadas cabezas habían quedado fijos como inalterables actitudes de la escultura. El silencio que llenaba el ámbito del su puesto cráter era un silencio que daba miedo. Creeríase que -